

proyectos por la noticia de la revolucion de Egipto, que fué el presagio de las siniestras convulsiones que debian muy luego desmembrar su dilatado imperio. Pensaba pues en castigar á los Egipcios antes de enviar un nuevo ejército á Grecia, y le sorprendió la muerte cuando se ocupaba en hacer sus preparativos (485).

§ III. Desde la muerte de Dario hasta el combate de Micala.  
(485-479)

*Rivalidad de Aristides y Temístocles.* El año en que murió Dario fué notable tambien por el trágico desenlace de la gran lucha que agitaba al pueblo de Atenas desde la victoria de Maraton. A pesar de lo mal recompensado que Milciades quedó de sus servicios, no por eso Aristides y Temístocles dejaron de lanzarse con ardor en la carrera de los honores. Ambos tenian la misma edad y eran de ilustre cuna, y ambos parecian tambien capaces de ocupar con distincion el primer puesto. El impetuoso y apasionado Temístocles habia sido desheredado por su padre, porque se entregaba á los mas vergonzosos excesos; pero borró su mancha ocupándose con ardor de los negocios públicos. Era tan grande su ambicion, que decia que los trofeos de Milciades no le dejaban dormir de noche ni de dia. Tanto hizo con sus lisonjas é intrigas, que obtuvo el mando en jefe de la flota ateniense, en reemplazo del vencedor de Maraton. Todas las islas que se habian resistido á Milciades le ofrecieron su sumision, y este triunfo aumentó considerablemente su popularidad. Su rival Aristides lisonjeaba menos que él las pasiones del pueblo; pero habia adquirido un crédito inmenso por su celo en sostener las leyes, conservar las costumbres y defender la justicia. Cuando en la representacion de una tragedia de Eschilo se oyó este verso: *Prefiere ser justo á parecerlo*, todas las miradas se dirigieron hácia él.

*Destierro de Aristides* (485). Segun debia preverse, el desenlace de esta rivalidad no fué favorable á Aristides. En

un pueblo tan inconstante y ligero como los Atenienses, la intriga debia necesariamente triunfar de la virtud; era preciso que Aristides fuera vencido por Temístocles, y así sucedió en efecto. La reputacion que Aristides habia adquirido por sus equitativas sentencias, hizo que su decision fuese preferida á la de todos los tribunales. Por esta razon le acusó Temístocles de querer crearse una especie de dignidad real, lo cual era contrario á las leyes del Estado, y por consecuencia propuso que se le sentenciara al ostracismo. Aristides asistió personalmente á la asamblea en que se le debia juzgar. Un ciudadano sin instruccion se acercó á él, y le rogó que escribiese el nombre de Aristides en su concha. *¿Qué mal os ha hecho?* le dijo Aristides. *Ninguno*, respondió el desconocido, *jamás le he visto, pero ya estoy fastidiado de oír llamarle siempre el Justo.* Aristides escribió su nombre, fue condenado y marchó pidiendo á los dioses que no tuviese jamás su patria necesidad de él.

*Administracion de Temístocles* (485-481). Aunque Temístocles quedó único dueño del poder, no usó de su autoridad sino para la gloria de su pais. Aconsejó primero á los Atenienses que empleasen en la construccion de una flota la plata que sacaban anualmente de las minas del monte Laurio, en vez de disiparla en diversiones frívolas. Su proposicion fue aceptada, equipó cien galeras, se puso á su cabeza, hizo reconocer el poder de Atenas en todo el mar Egeo, castigó á los Eginotas, cuyas piraterías infestaban desde tiempo inmemorial las riberas del Atica, y á los de Corcira que con sus armamentos hacian muy difíciles las comunicaciones del continente con las islas. Despues de vengarse de este modo de todos los insulares y de sus rapiñas, recorrió en triunfo todo el mar Egeo, indemnizó á los Atenienses de todos sus sacrificios con un rico botín, puso orden en todos los ramos de la administracion, y se esmeró en conservar la union entre todas las repúblicas de Grecia, para que estuviesen prontas á combatir á los bárbaros.

*Invasion de Jerjes* (481). En efecto, no tardó mucho en estallar la tempestad que temia. El hijo y sucesor de Dario, lla-

mado Jerjes, no tenia el mismo genio ni poder que su padre, ni conocia de la soberanía mas que el boato y los placeres. Pero hallándose en posesion de un vasto imperio, aumentó los enormes preparativos de Darío con otros todavía mas temibles, para vengarse del Egipto y de la Grecia. Durante cuatro años no se ocupó mas que de reclutar tropas, establecer almacenes, reunir provisiones de boca y guerra, y construir triremos y buques de transporte. Principió por castigar á los Egipcios, y así que les cargó de cadenas dirigió todas sus fuerzas contra los Griegos. Segun sus órdenes, todas las provincias de su imperio habian aprontado su respectivo contingente como si se tratase de una guerra nacional.

*Ejército de Jerjes.* Viéronse llegar al llano de Susa las tropas de cincuenta y seis naciones diferentes, y que venian de las mas remotas regiones. Todos estos cuerpos llevaban los trajes, armas y estandartes de sus respectivos países, y estaban mandados por sus gefes particulares. « Los Indios vestidos de telas de algodón; los Etiopes cubiertos con pieles de leon; los Baluscos negros de la Gedrosía; las tribus errantes de los Mongoles y de la Bucaria, que eran unos cazadores salvajes sin mas armas que un lazo de cuero; los Medos y Bactrios suntuosamente vestidos; los Lidios montados en cuadrigas, los Arabes en camellos; los Fenicios en sus buques, y por último los Griegos de Asia (1). » El ejército de tierra contaba 1,700,000 infantes y mas de 400,000 caballos. El general en gefe era Mardonio. La flota contaba mas de 400 velas.

Al llegar á orillas del Helesponto, el gran rey hizo que le preparasen un trono en sitio elevado para tener el orgullo ó placer de contemplar el mar cubierto con sus buques y los campos con sus tropas. En medio de su loca vanidad no podia sospechar la humillacion que le esperaba. Una furiosa tempestad destruyó casi enteramente un puente de barcas que habia construido entre Sestos y Abidos para pasar

(1) Canto.

de Asia á Europa, por lo cual se irritó contra el mar y llevó su demencia hasta mandar lo azotasen y lo marcasen con un hierro ardiendo, y le encadenasen como si fuera un esclavo rebelde.

*Magnanimidad de Esparta y de Atenas.* Atemorizados todos los pueblos al ver un ejército tan numeroso, corrieron á aceptar el vasallaje. Los Macedonios, que debian mas tarde destruir el imperio de los Persas, fueron los primeros que se sometieron á las tropas de Jerjes. Sigueron su ejemplo los Etolios, Dolopes, Perebos, Locrios, Plotas y todos los pequeños pueblos de la Beocia, menos los Tespios y Plateos. ¿Pensais, habia dicho Jerjes al Espartano Demarato, que los Griegos se atrevan á resistirme? A lo cual el rey desterrado le respondió: *Aunque toda la Grecia se sometiese á vuestras armas, esto mismo incitaria á los Lacedemonios á que defendiesen con mas ardor su libertad. No os informeis del número de sus tropas, pues aunque no fuesen mas que mil, ó menos todavía, se presentarían al combate.* En efecto, este generoso pueblo se unió á los Atenienses, y de una y otra parte no se pensó mas que en buscar socorros y aliados, pero sin sacrificar nada de su gloria y dignidad. Los Argios ofrecian sus tropas, pero bajo la condicion de que tendrían el mando del ejército; pero se prefirió verles pasar al campo de los Persas que el cederles esta honra. Gelon, rey de Siracusa, se obligaba, bajo la misma condicion, á aprontar 200 galeras, 20,000 hombres bien armados, 4,000 caballos, 2,000 arqueros y otros tantos honderos. Pero el Espartano Siagro le respondió con altivez: *No, Esparta no os cederá jamás esta prerogativa; si quereis socorrer á la Grecia habeis de recibir nuestras órdenes; pero si pretendeis dárnoslas, guardad vuestros soldados.* No contando pues sino consigo mismos, los Atenienses y Lacedemonios resolvieron defender por sí solos su país contra los bárbaros. Temístocles desplegó en esta ocasion todo su genio y desinterés. Habia hecho desterrar á Aristides cuando Atenas estaba segura; pero una vez llegado el peligro, fue el primero que solicitó se le llamase para no privar al ejército de un gefe tan experimentado. Todos los Ate-

nienses que se hallaban desterrados fueron llamados tambien para defender la patria. Temístocles, que era quien todo lo disponia, cedió el título de generalismo al Espartano Euribiades; mas no por eso dejó de ser el autor de todas las medidas de defensa. El fue quien aconsejó á los Atenenses que abandonasen á Atenas, y se retirasen á sus buques, para impedir á los enemigos la entrada por mar, á cuyo efecto se apoderó de una posicion ventajosa á la altura de Salamina. Para cerrarles tambien el paso por tierra se decidió que el rey Leónidas se colocaria con sus Espartanos en las Termópilas, que es un desfiladero entre la Tesalia y la Locrida, tan sumamente estrecho, que apenas pueden pasar por él dos carros de frente.

*Batalla de las Termópilas (480).* Así que Leónidas supo la decision de la asamblea, comprendió cuál iba á ser su destino; pero no se atemorizó á pesar de la perspectiva de la muerte que le esperaba. No eligió mas que 300 Espartanos para que le acompañasen, diciendo que bastaban 300 víctimas para honrar á su patria. Antes de marchar estos guerreros intrépidos celebraron anticipadamente su muerte con un combate fúnebre, al que asistieron sus padres, madres y amigos, y acabada la ceremonia, se dirigieron mutuamente eternos adioses. La mujer de Leónidas le preguntó su última voluntad, y él la respondió: *Os deseo un esposo digno de vos, y unos hijos que se le parezcan.*

A estos héroes se unieron 400 hombres de Tebas, 1,000 de Tegea y Mantinea, otros tantos de Arcadia, 120 de Orcomena, 400 de Corinto, 200 de Flionite, 80 de Micenas, 700 de Tespis, 1,000 de Fócida, y toda la pequeña nacion de los Locrios. Así que ocuparon el puesto que les habia tocado, se presentó Jerjes con su innumerable ejército en los llanos de la Traquinia, y no pudiendo comprender que unos pocos centenares de hombres se atreviesen á resistir á unas fuerzas tan inmensas como las suyas, escribió á Leónidas: *Si quieres someterte te daré el imperio de Grecia.* Leónidas le contestó: *Prefero morir por mi patria á sojuzgarla.* La segunda carta del gran rey no contenia mas que estas pala-

bras: *Ríndeme las armas.* Leónidas escribió debajo: *Ven á tomarlas.*

Cuando las masas enemigas se pusieron en movimiento, las centinelas avanzadas gritaron: *Ahi están los Persas que vienen á atacarnos.* — *Pues bien,* replicó Leónidas, *vamos á ellos. Pero si son tan numerosos,* dijo otro euviado, *que sus flechas nublarán el sol.* — *Tanto mejor,* respondió Dioneceo, *asi nos batiremos á la sombra.* Unos soldados dispuestos de este modo no podian ser vencidos; y así Jerjes fue rechazado al primer ataque, y jamás habria llegado á forzar el paso si un traidor llamado Esfaltes no le hubiera descubierto el fatal sendero que le facilitó el tomar á los Griegos por la espalda. Viendo Leónidas tomada su posicion, conjuró á sus aliados á que se batiesen en retirada, á fin de conservar á la Grecia unos soldados que la servirian mejor en otra ocasion; pero en cuanto á él resolvió observar con sus compañeros la ley que prescribia á los Espartanos: *Morir antes que abandonar su puesto.* Los Tespios y 400 Tebanos pidieron participar de tan magnífica decision. Durante la comida que precedió al combate, Leónidas les dijo riéndose: *Os convidó á cenar esta noche con Pluton.* Solo uno dejó de asistir al convite. A media noche se arrojaron todos al campo de los Persas, se dirigieron á la tienda de Jerjes que habia ya huido, mataron á todos los que encontraron, y no sucumbieron hasta el amanecer, despues de haber inmolado una multitud de enemigos. Al pronto no tuvieron mas honras que la de su gloria; pero despues se les consagró una inscripcion con estos versos de Simónides: *Pasajero, vete á Esparta y di que aqui yacemos por obedecer á sus leyes.*

*Batalla de Salamina (23 de setiembre de 480).* Esta derrota fue mas útil para los Griegos que una victoria, porque les enseñó que combatiendo por su libertad eran mucho mas fuertes y animosos que aquellos hombres afeminados que no tenian mas objeto que aumentar la esclavitud. Los nombres de Leónidas y Dioneceo volaron de boca en boca, y todo el mundo estaba resuelto á imitar su heroico valor. Sin embargo, cuando los soldados de Jerjes se espaciaron por toda

la Grecia y convirtieron á Atenas en un monton de ruinas, los espiritus mas generosos principiaron á decaer. La division se introdujo tambien entre los generales ; pero Temístocles defendia sus ideas con firmeza. Un dia se acaloró tanto la discusion, que Euribiades levantó el baston amenazándole. *Hiere, pero escucha*, le respondió friamente Temistocles. Este grande hombre triunfó de todas las resistencias que encontró, y tuvo el talento de reducir á Jerjes á que empeñase una accion decisiva en Salamina. El gran rey contaba demasiado con la superioridad de sus fuerzas. Sus mil y doscientos buques quedaron destruidos por las trescientas ochenta galeras de los Griegos, y él huyó cobardemente á buscar el puente de barcas que habia hecho construir sobre el Helesponto para ir de Europa al Asia ; pero habiéndolo encontrado roto por una tempestad , se vió reducido, despues de haber mirado con orgullo el mar cubierto con sus buques y la tierra con sus tropas, á regresar solo al Asia en una barca de pescador, y corrió á ocultar su vergüenza en el fondo de su palacio en Sardas. Temístocles hubiera querido que se cortase la retirada á los vencidos ; pero prevaleció la opinion de los que le respondieron : *Al enemigo que huye, puente de plata*. Los Persas dejaron á los Griegos un botin inmenso, y Temistocles tuvo los honores de la jornada. Toda la Grecia le proclamó autor de la victoria de Salamina, y cuando se presentó en los juegos olímpicos, la asamblea entera se levantó en su presencia.

*Batallas de Platea y de Micala (25 de setiembre de 479).* Todavía le quedaba á Jerjes una esperanza á pesar de tan grandes reveses. La flor de su ejército de tierra mandada por Mardonio no se habia batido aun. Este hábil general podia disponer de mas de 300,000 hombres, que era mucho mas de lo que se necesitaba para someter á la Grecia. Creyó pues poder prometer á su soberano una pronta y solemne venganza. Antes de atacar de nuevo á los Griegos trató de desunirlos, y tanteó especialmente la fidelidad de los Atenienses ; pero Aristides, que era entonces arconte, dió á su enviado esta bella respuesta : *Decid á Mardonio que mientras*

*el sol siga el curso que tiene marcado, los Atenienses proseguirán contra el rey de Persia la venganza que exigen sus campos arrasados y sus quemados templos.*

El general persa instruido de las disposiciones de los Atenienses, cayó al momento sobre el Atica, arruinó por segunda vez á Atenas, que la encontró desierta, y fue á presentar la batalla en los llanos de Platea á los Griegos mandados por el Espartano Pausanias. El choque fue terrible, y la victoria estuvo indecisa por mucho tiempo ; pero murió Mardonio, los Persas privados de su gefe principiaron á desanimarse, y al momento no hubo mas que una inmensa carnicería.

Para colmo de ventura, el mismo día de la batalla de Platea el Ateniense Leotiquido y el Espartano Xantipo atacaron en el promontorio de Micala á los restos de la flota que se habian salvado del desastre de Salamina. Los Persas habian reunido allí mas de cuatrocientos buques, y la batalla fue muy mortífera ; pero los soldados de Jerjes quedaron vencidos de nuevo, y su flota fue presa de las llamas.

*Fin de las guerras con los Medos.* Estas dos grandes victorias terminaron las guerras con los Medos. Atemorizado Jerjes por estos nuevos desastres, huyó á Susa en el fondo de sus Estados, y los Persas no solo abandonaron el proyecto de invadir la Grecia, sino que se vieron reducidos por espacio de treinta años á una guerra defensiva contra los Griegos del Asia Menor, quienes á imitacion de los de Europa quisieron recuperar su independecia. La molicie de los Persas, sus afeminadas costumbres, y la falta de disciplina en sus ejércitos es lo único que puede explicar sus reveses. « No les costó mucho, dice Bossuet, el domar al Asia Menor y aun á las colonias griegas corrompidas por la molicie del Asia. Pero cuando llegaron á la misma Grecia, encontraron lo que no habian visto nunca, una milicia organizada, gefes entendidos, soldados acostumbrados á vivir con poco, unos cuerpos endurecidos en el trabajo y sumamente diestros por la lucha y demas ejercicios ordinarios en aquel país ; unos ejércitos medianos, sí, pero semejantes á esos cuerpos vigo-

rosos en los que parece que todo es nervio y espíritu, y ademas tan bien mandados y tan dóciles á las órdenes de sus generales, que se hubiera dicho que todos sus soldados no tenian mas que una alma. » Tal era el concierto que se veia en sus movimientos. Estas fueron las causas del triunfo de los Griegos.

---

## CAPITULO V.

### *De la Persia desde el combate de Micala hasta el advenimiento de Darío Codomano (1).*

(479-336).

Segun la profecía de Daniel, el brillante imperio de Ciro, representado por la plata en la vision de la estatua de Nabucodonosor, debía ser reemplazado por otro imperio menos rico, pero mas fuerte, representado por el bronce. La ejecucion de esta sentencia de muerte dada contra los Persas principió inmediatamente despues de los grandes desastres de Platea y Micala, y desde aquel momento hasta la ruina de su monarquía en tiempo de Darío Codomano, la historia no nos presenta mas que el cuadro de una decadencia siempre en aumento. Los reyes, debilitados y enervados por el lujo y los placeres, abandonan el cuidado de los negocios á sus mujeres ó á los eunucos. Esta debilidad desacredita su gobierno, y todas las naciones que inclinaron la cabeza bajo su yugo, tratan de recuperar su libertad é independencia. De aquí las revoluciones sin término que aniquilan el imperio y comprometen la autoridad del soberano. Los sátrapas se aprovechan de esta anarquía para extender sus prerogativas y constituirse casi dueños absolutos de sus provincias. Se tratan como monarcas, se hacen la guerra sin que el gran rey intervenga, y de este modo llevan el desórden á su colmo. Al cabo la nacion se manifiesta de tal modo aniquilada por todas estas revoluciones, que para apaciguarlas tienen los soberanos que apelar á la corrupcion y á la perfidia, ó bien á las armas de los Griegos. Los Persas no pueden ya combatir. Que venga Alejandro con sus invencibles falanges, y las conquistas serán tan rápidas que, segun Bossuet, podrán compararse, en sus saltos atrevidos y ligeras marchas, á esos animales vigorosos que no andan sino á saltos vivos é impetuosos sin que los detengan las montañas ni los precipicios.

### § I. Desde el combate de Micala hasta la historia del jóven Ciro (479-407).

*Estado de Persia despues de la batalla de Micala (479). Aniquilada la Persia por los desastres de la guerra de los Medos,*

(1) AUTORES QUE PUEDEN CONSULTARSE: Entre os antiguos: Jenofonte, su *Anabasis* las *Helénicas*; Plutarco, *Vida de Artajerjes*; Diodoro de Sicilia